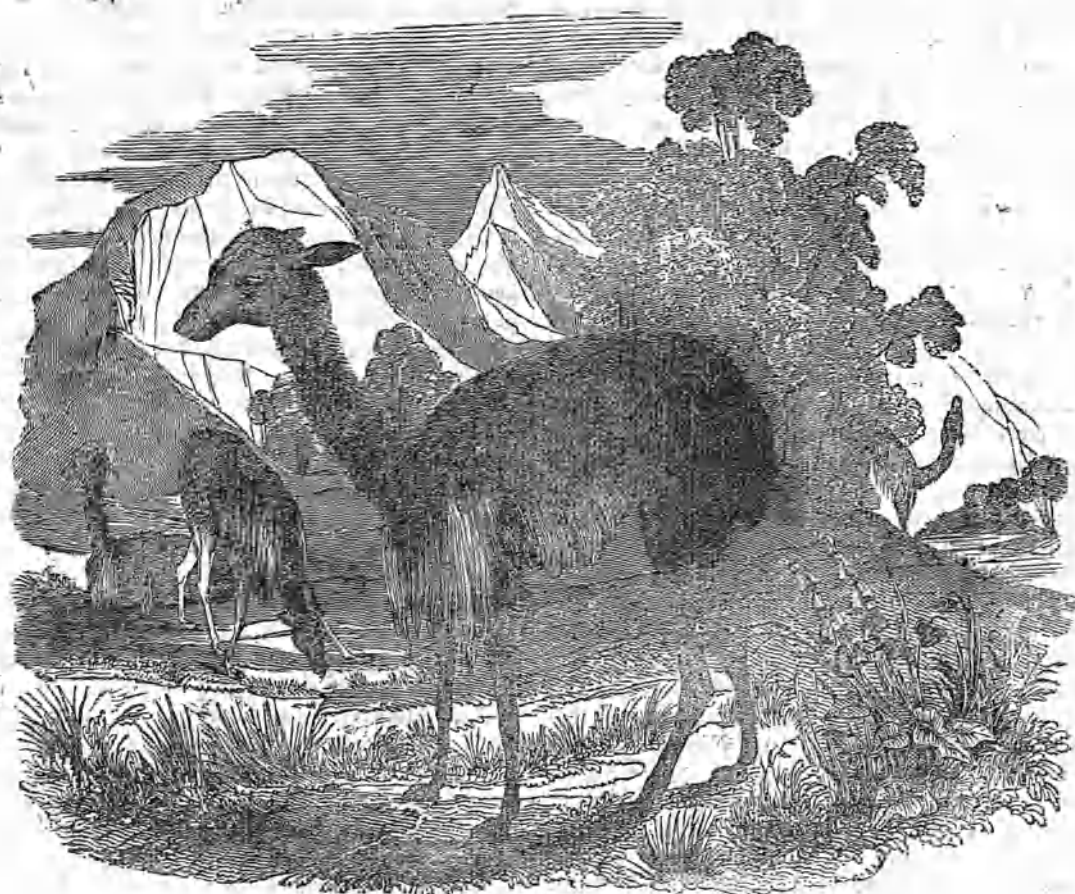


HISTORIA NATURAL.



LOS LLAMAS.



UNQUE apenas habrá personas que no tengan algunas noticias acerca del cuadrúpedo cuya estampa presentamos, porque muy pocas serán las que no hayan leído la célebre historia de Robinson Crusó, en la que tan interesante papel tienen los Llamas, creemos no obstante que leerán con gusto nuestros suscritores la historia y propiedades de los amigos del industrioso hombre salvaje, mucho mas hallándose escitada su atención por las curiosas aunque breves noticias que de ellos nos dá el autor de aquella admirable obra.

Segunda série.—Tomo II.

Segun mas respetables naturalistas, el Perú es el país y la verdadera patria de los Llamas, pues si bien suelen ser llevados á otras provincias, como por ejemplo, á la Nueva España, esto se hace mas bien por curiosidad que por utilidad, en vez de que en toda la estension del Perú, desde el Potosí hasta Caracas, son de la mayor necesidad, pues consiste en ellos toda la riqueza de los indios.

El Llama tiene cerca de cuatro pies y ocho pulgadas de alto, y su cuerpo, incluso el cuello y la cabeza, es de seis pies de largo, teniendo solo el cuello cerca

20 de diciembre de 1810.

de tres pies y medio de longitud. La cabeza de este animal es bien formada y algo parecida á la del caballo; los ojos grandes; el hocico algo largo, los labios gruesos, el superior es como el de la liebre hendido por medio y el inferior un poco pendiente; carece de dientes incisivos y caninos en la mandíbula superior; las orejas tienen de largo cuatro pulgadas y ocho líneas, y las lleva inclinadas hacia delante, levantándolas también y moviéndolas con facilidad; el largo de la cola apenas excede de nueve pulgadas, y esta es derecha, delgada, y algo levantada; los pies son hendidos como los del buey, pero tienen en la parte posterior un espolón que sirve al animal para sostenerse y asirse en los pasos escabrosos; la lana de la espalda, grupa y cola es corta, y muy larga por los hijares y vientre; y finalmente el color de los Llamas es vario, pues los hay blancos, negros y píos.

Estos animales caminan con la cabeza levantada, y con pasos tan medidos que ni aun los golpes les hacen apresurarse. Por lo regular son muy lascivos, y las hembras no suelen dar mas que un hijuelo en cada parto.

Su carne es buena de comer: su pelo una lana fina, excelente para el uso; y durante su vida sirven para conducir todas las mercancías del país. La carga ordinaria de uno de estos animales es de 150 libras, aunque los mas robustos suelen cargar hasta 250: hacen viajes bastante largos por caminos intrasitables para otro cualquier animal: su paso es bastante lento, y cada jornada que hacen no excede de cuatro á cinco leguas. Segun se lee en el viaje de Corcaí, no hay animal que con tanta seguridad y firmeza camine por los peñascos como el Llama, á causa de afianzarse en una especie de espolón que tiene naturalmente en el pie: por lo regular caminan cuatro ó cinco dias consecutivos, despues de los cuales necesitan descanso, y ellos por sí mismos le toman de 24 á 30 horas antes de volver á emprender la marcha.

No quieren caminar de noche con el peso que llevan, y así se les descarga para dejarlos pacer: comen poco, y nunca se les da de beber: su lana tiene un olor fuerte, y es larga, blanca, gris, y bastante hermosa; duermen apoyados sobre el pecho, dobladas las piernas y cubiertos con el vientre.

Cuando se les hace trabajar demasiado, si llegan á tirarse al suelo con la carga no hay medio alguno de hacerlos levantar, y todos los golpes y diligencias para ello son inútiles: el último recurso para salvarlos á que se levanten es apretarles los testículos; pero aun este suele ser infructuoso, pues se obstinan en permanecer en el mismo sitio en que cayeron, y si se continua en maltratarlos se desesperan y matan dándose golpes con la cabeza á uno y otro lado.

«El Guanaco, dice el inca Garcilaso en sus comentarios reales, tiene el pescuezo largo y parejo, cuyo pellejo desollaban los indios, y lo sababan con sebo hasta ablandarlo y ponerlo como curtido y dello hacian las saetas del saizado que traian; y porque no era curtido se descalzaban al pasar de los arroyos, y en tiempos de muchas aguas... Los españoles hacian de ella riendas muy lindas para sus caballos... Y asimismo correones y garruperas para las sillas de camino, latigos y aciones para las cinchas, y sillas ginetas... La carne de este ganado es la mejor de cuantas hoy se comen en el mundo, tierna, sana y sabrosa: la de sus corderos de 4 á 5 meses, mandan los médicos dar á los enfermos, ántes que gallinas ni pollos... Con ser las recuas de á 600, 800 y aun 1000 y mas cabezas de este ganado y los caminos tan largos, no hacen costa alguna á sus dueños, ni en la comida, ni en la posada, ni en el herraje, ni aparejos de albarda, xolma, pretal, cincha... Ni otra cosa alguna... En llegando á la dor-

mida los descargan, y los echan al campo, donde pacen la yerba que hallan; y de esta manera los mantienen todo el camino sin darlos grano ni paja: bien comen la zara (maíz), si se lo dan. La causa de no necesitar albarda, ni xolma es por la espesura de la lana de que estan cubiertos y que les sirve de tal. La lana de los Llamas domesticados es mucho mas suave que la de los silvestres.

El Llama en el estado de naturaleza es mas robusto, vivo y ligero que el domesticado; corre con la velocidad del ciervo, y trepa por los peñascos como la cabra. Estos animales se juntan en manadas á veces de 200 á 300, y cuando ven á alguna persona la miran muy atentos, dan un ronquido, y relinchan casi como los caballos, y por fin huyen todos juntos hasta las cimas de las montañas; prefieren la parte del norte y la region fria, y suben hasta mas arriba del parage en que empieza la nieve, haciendo allí frecuentemente su mansión.

Hácese cacerías de Llamas silvestres para quitarles el vellón: los perros tienen mucho trabajo en seguirlos, y si se les dá lugar para llegar á los peñascos así los perros como los cazadores se ven precisados á abandonarlos. Cuando se ven estrechadas no se defienden con los pies ni con los dientes, pues no tienen mas armas que su saliva la cual arrojan con indignacion por entre la hendidura del labio superior, como dice Frezier, al rostro de los que los insultan, y se asegura que esta saliva que escupen cuando están coléricos es tan acre que levanta ampollas en la piel.

El incremento de estos animales es bastante pronto y su vida no muy larga: ballanse en estado de producir á los 3 años, en todo su vigor á los 12, y desde aquella edad empiezan á decaer, de suerte que á los 15 estan enteramente estragados.

Varias veces se ha intentado transportar esta clase de animales á las provincias de España, segun asegura OExmelin, siendo una de ellas en tiempo del rey Católico, pero el clima les fué tan contrario que todos murieron.

El zoolo de Buffon coloca al Llama en el número de las ovejas, pero autores tambien respetables le colocan entre los camellos. El P. Blas Valera dice: estos animales son del tamaño de ciervos y muy parecidos al camello, con la diferencia de no tener corcoba. En efecto, el Llama tiene el cuello largo y encorvado, y hendidos el labio superior y el pie: se achica doblando y ocultando manos y pies bajo el pecho y vientre: estando echado apoya el pecho sobre un codo que tiene en el: ramia, camina gravemente, carece de dientes incisivos y caninos en la mandíbula superior: nunca ó rara vez bebe: tiene pulpejo y no casco en la planta de pies y manos, todo lo cual es idéntico en el camello, con solo la diferencia que este bebe, aunque resista 7 ó 8 dias la sed, de que tiene corcoba y de que su lana ó pelo no es tan fino como el del Llama.

Aunque en España conocemos este animal con el nombre de Llama en su país natural del Perú se les dá el de Alpaca, pues la palabra Llama es voz genérica con que los indios del Perú nombran á todos los animales que tienen lana.

El uso de los Llamas se ha disminuido mucho desde que los españoles introdujimos en el Perú caballos y mulas, y por haberse disminuido en especie, á causa de que en las cacerías que se hacen de estos animales matan los cazadores indistintamente los machos y hembras que entran en los cercos, lo cual hacen sin necesidad, porque estando encerrados los Llamas podian traer las hembras y minorar el número de los machos, segun se hacia antiguamente.

SOBRE LA GRAMÁTICA LATINA

á principios del siglo XVI.



Asímismo de dar á nuestros lectores en uno de los números próximos la biografía del célebre Lois Vives, hemos creído oportuno anticipar una breve noticia acerca del estado de la literatura, y en especial de la gramática latina, á principios del siglo XVI, para que se conozca mejor el mérito de este escritor eminente, y lo mucho que trabajó para la restauración de las ciencias.

Apenas habrá quien ignore el estado deplorable en que se hallaban todas ellas en España, por una consecuencia necesaria de la incesante guerra que fue preciso sostener para arrojarse de nuestro suelo á los árabes, lo cual hacía necesario atender á la existencia física antes que á la moral. Ni era tampoco mucho más satisfactorio el lastimoso cuadro que ofrecían las ciencias en lo restante de Europa, á escepcion de la Italia (merced á los griegos espatriados) no solo por las continuas guerras y los escasos medios de comunicación que tenían los pueblos, sino tambien porque la imprenta extendía á la sazón muy lentamente su mágica influencia.

Casi las únicas ciencias que se cultivaban por entonces eran la dialéctica y la teología; pero estas se hallaban enteramente á merced de ciertos sofistas, disputadores eternos, que solo esperaban á que cualquiera sentase una proposición para decidirse ellos por la contraria, y echar el formidable *contra sic argumentor*: El mismo Vives se quejaba de que por haberse dejado alucinar del espíritu de sofistería, había adquirido tales resabios, que frecuentemente se le escapaban algunas sutilezas, aun cuando procuraba estar muy sobre sí para evitarlas: y Alfonso García Matamoros, uno de los mejores catedráticos de Alcalá, y contemporáneo de Vives, aseguraba haber encontrado maestros que le ofrecían adiestrarle en probar cualquier absurdo, y hasta evidenciar que lo blanco era negro.

Habiase introducido al mismo tiempo tal jerga de barbarismos, un latín tan inculto y grosero que este idioma llegó á ser una especie de *caló* literario: así es que muchas veces solían decir á sus discípulos, cuanto mejor gramática, peor dialéctica. (*Quanto melior eris grammaticus, tanto peior dialecticus et theologus*).

Por desgracia tales maestros llegaron á adquirir excesivo crédito entre el ignorante vulgo, lo cual contribuyó no poco al atraso de las ciencias, por lo mismo que el latín era entonces el único medio conocido de aprenderlas.

En efecto en medio de la carestía general de libros, apenas se encontraba alguno que otro escrito en lengua vulgar, pues excepto algunos pocos griegos, casi todos los demás ya fuesen de los romanos, ya de los santos padres, ya en fin de los godos, estaban escritos en latín; por lo tanto era preciso saberlo bien para servirse de ellos. Además se había usado por mucho tiempo el escribir en este mismo idioma todos los instrumentos públicos, aunque por lo común en un estilo muy grosero.

Por efecto tambien de la escasez de libros era preciso servirse de los que se hallaban mas á mano, y como los que comunmente se dedicaban á la enseñanza eran los

cléricos y los monjes, usaban para ello de sus brevarios y de las vidas de los santos nuevos, que solían ser las únicas libras que tenían á su disposición. Así es que apenas eran conocidos de nombre los autores clásicos del tiempo de Augusto que afortunadamente habían sido copiados y librados de la barbarie de los siglos medios, por los benedictinos de Monte-Casino.

Tal era el estado de la gramática latina, especialmente en España, cuando se presentó Nebrija en la palestra, y secundado de algunas otras personas inteligentes, trató de sacarla del tortuoso camino que seguía. Era tal la fama de malos gramáticos que tenían los españoles, que los italianos daban por imposible, que un español fuese buen latino, y aun algunos críticos alegaban que no le habían sido en la antigüedad, torciendo el sentido de lo que dijo Juvenal sobre el touillo por el cual eran reconocidos en Roma los poetas cordobeses; lo cual, como es fácil de conocer, recaía sobre la locucion, no sobre la gramática. Pero Nebrija desmintió altamente á estos miseros detractores, logrado formar en poco tiempo excelentes discípulos, que hablaban un latín no solo castizo, sino elegante, como se puede ver en muchos de los escritores del siglo XVI, época de la restauración de la lengua latina.

Bien pronto fueron adoptados los autores del siglo de oro de la literatura romana, los cuales, reproducidos por la prensa, llegaban á manos de los discípulos con mas facilidad, viéndose en breve circular por las aulas los escritos de Ciceron, Tácito, Julio Cesar y Tito Livio, y de los poetas, Virgilio, Ovidio y Marcial.

Todas estas obras fueron corregidas, aumentadas é anotadas por los hombres mas eruditos de aquel tiempo, tanto nacionales como extranjeros; y así es que de solo Marcial hay tres célebres comentadores todos contemporáneos.

Admirados de estos adelantos los antiguos idóneos, trataron de oponerse á ellos por no ver en breve desiertas sus aulas, y aun tuvieron la ridiculez de censurar de idólatras á los que estudiaban en los libros de los gentiles. Pero viendo que los obispos no solo no eran de este parecer, sino que antes por el contrario exhortaban á los sacerdotes á estudiar la gramática latina por los buenos modelos del siglo de Augusto, variaron de plan, y dejando á un lado las invectivas, trataron de enmenzar el repertorio de sus libros de enseñanza con otros mas elegantes como las epistolas de S. Gerónimo, los himnos de Prudencio y algunos otros santos padres y escritores eclesiásticos de buen estilo.

De aquí provinieron los dos bandos que se disputaron por largo tiempo y con tison el dominio de las aulas: los unos se llamaban breviaristas, y los otros ciceronianos. Estos partidos, huyendo uno de otro, cayeron (como sucede siempre) en dos extremos á cual mas ridiculos.

Los breviaristas, unidos con los escolásticos, hacían, ó por mejor decir, continuaban aquel latín impuro que se había posesionado de las aulas, uniendo los idiotismos de la sagrada escritura con las voces técnicas de las ciencias, y algunas otras exóticas tomadas de las lenguas vivas.

Por el contrario, las ciceronianas degeneraron en una pedantería ridícula afectando no usar ninguna palabra, que no hallasen en Ciceron. Estos, á imitación de los protestantes (que generalmente se hicieron ciceronianos) usaban por lo común de un estilo ampuloso é hinchado, sacrificando frecuentemente la claridad á la pureza del lenguaje. Así, v. g. decían *sacra conficere*, en vez de *celebrare sacrificium missae*, y *Jesus sospitator* en lugar de *Salvator*: hombre hábil que hubiera sufrido con mas calma un ataque de gota que no el oír decir á los escolásti-

cos *nihil volitum quin praeognitum*.» Llegó á tal extremo la pedantería que habiéndose presentado en Valencia un maestro nuevo de gramática, titulándose *gramaticae professor*, fué esto bastante para que atragara sobre sí las bufonadas de los ciceronianos, á pesar de ser esa palabra de origen puramente latino.

En vano algunas personas bien intencionadas trataron de unir extremos tan opuestos conciliando ambas escuelas, pues no habiendo podido llevar adelante plan alguno, apareció un tercer latin en que se echaban de ver los errores de uno y otro partido, resultando por consiguiente una amalgama disparejada.

En medio de estas contradicciones el latin se generalizó de tal modo, que casi llegó al extremo de hacer los oficios de lengua viva, siendo por lo menos el idioma de los sábios, puesto que no solo se hablaba en las cátedras, y se usaba en las explicaciones, sino que en algunas universidades (y especialmente en Alcalá por mandato espreso de Cisneros) no se permitía hablar otra desde que se entraba por la puerta. Además los sábios escribían en latin todas sus obras, y de aquí proviene haberse escrito casi todas las de aquel tiempo en este idioma, llevando á tal punto ese manía que hasta las cartas familiares se escribían de ese modo, aun cuando fuesen paisanos, y por consiguiente supiesen su lengua nativa.

Por esa misma razon todas las obras de Luis Vives están escritas en latin, y hasta sus cartas familiares son en la misma lengua.

Bien pronto el furor de latinizar contagió á todas las clases del estado, y de aquí provino el *culteranismo*, objeto de burla para los escritores satíricos posteriores á aquella época. No solo los hombres sino hasta las mujeres aprendían ya el latin, y eran pocas las señoras nobles que dejaban de aprenderlo despues que vieron que la reina Isabel lo estudiaba con la *Latina*. Y como no parecia regular que tales señoras lo supiesen, sin dar muestra de que lo poseían, usaban frecuentemente de términos latinos y retumbantes, aun en las conversaciones familiares. Llegó á tal punto el frenesí latino-femenil que Santa Teresa se vió en la precision de encargár á sus monjas que no fuesen latinas.

En el dia nos vemos ya en bien distinto caso, pues lejos de estudiarle se va *reformando* el latin en tales términos que quizá dentro de algunos años se buscarán los buenos latinos, como se buscan en el dia los profesores de árabe y hebreo.

EL CABALLERO DOBLE.

(Conclusión. Véase el número anterior).



«¡Veni Olof, cuanto habeis tardado! Yo temia que los osos de la montaña os hubiesen cerrado el camino, ó que los lobos os hubiesen convidado á bailar, dijo la jóven caste-

llana haciendo sentar á Olof en el sofá de roble, en el interior de la chimenea. Pero ¿por qué habeis venido á una cita amorosa con un compañero? ¿Teneis miedo de pasar solo por la floresta?

— De qué compañero habláis, flor de mi alma? dijo Olof sorprendido á la jóven castellana.

— Del caballero de la estrella roja que lleváis siempre con vos. Del que fue engendrado por una mirada del cantor de Bohemia, del espíritu funesto que os posee; libaos del caballero de la estrella roja, ó jamas escuchare vuestras palabras de amor; porque yo no puedo ser esposa de dos hombres á un mismo tiempo.

Vanas fueron las protestas de Olof, ni siquiera obtuvo la gracia de besar uno de los dedos de rosa de la mano de Brenda, y partió desconsolado y resuelto á combatir al caballero de la estrella roja, si podía encontrarle.

A pesar de la severa acogida de Brenda, volvió á tomar Olof á la mañana siguiente el camino del castillo, reflexionando mientras lo curria: sin duda Brenda ha perdido el juicio; porque ¿qué quiere decir con el caballero de la estrella roja?

La tempestad era de las mas violentas; la nieve caía á torbellinos, y apenas permitian distinguir la tierra del cielo. Una nube espiral de cuervos giraba con siniestro murmullo por encima del penacho de Olof, á pesar de los ladridos de Fenris y de Murg que saltaban al aire para apresarlos. Distinguíase encima de la cabeza de Olof aquel cuervo negro y luciente como el azabache, que posado en el hombro del cantor de Bohemia, llevaba el compás de sus canciones con su pico.

Fenris y Murg se detienen súbitamente: ensanchan sus narices y sorben el aire con inquietud, cual si olfateáran la presencia de un enemigo y no la de un lobo ó de una zorra, porque un lobo y una zorra no serian parellos mas que un bocado.

Se oye ruido de pasos, y aparece al punto por el recodo del camino un caballero montado en un caballo de enorme alzada, y seguido por dos enormes perros.

Quien no hubiera creído que era Olof! Iba armado exactamente lo mismo: su escudo llevaba el mismo blasón, y solamente se distinguía en que la pluma de su casco era roja y la de Olof era verde.

El camino era estrecho, y necesario que uno de los dos caballeros retrocediese.

— Valved atrás para que yo pase, dijo á Olof el caballero de la pluma roja calada la visera. El viaje que me resta que hacer es largo, soy esperado, y necesito llegar cuanto antes.

— Por la memoria de mi padre, que no seré y quien retroceda. Voy á una cita de amor, y los amantes tienen mucha prisa, respondió Olof llevando su mano al puño de la espada.

El desconocido sacó la suya, y comenzó el combate. Las espadas, descargando sobre las mallas de acero, hacían saltar manojos de centellas deslumbradoras, y aun que de un temple superior, en breve se mellaron como sierras. Semejantes los dos combatientes, envueltos entre el humo que arrojaban sus caballos y la bruma de su angustiada respiracion, á dos negros herreros cebados en descargar sus pesados martillos sobre el hierro candente. Los caballos animados del mismo furor que sus caballeros, mordían á grandes dentelladas sus venosos cuellos, arrancándose pedazos de piel: agitábanse con furiosos bríncos, se alzaban sobre sus patas, y sirviéndose de sus cascotes como de puños cerrados, se daban terribles golpes; entanto que sus señores martillaban horrible y tenazmente sus corazas, los perros se deshacían á bocanadas y abullidos. Filtrábanse las gotas de sangre por entre las conchas

de las armaduras, y cayendo abrasadas sobre la nieve, formaban pequeños hoyos de rosa, y continuaban cayendo con tal frecuencia y tan repetidas cual si fueran las armaduras una criba. Los dos caballeros estaban heridos.

Cosa admirable: Olof sentía los golpes que dirigía al caballero desconocido, sentía el dolor de las heridas que hacía y recibía: había experimentado un gran frío en el pecho, como de un hierro que traspasa y hiere el corazón, y no obstante su coraza no estaba falseada en el sitio del corazón: la única herida que tenía era en el brazo derecho. Dado singular donde el vencedor padecía tanto como el vencido, donde dar y recibir era una cosa indiferente! Mas reuniendo Olof sus fuerzas, hizo volar de un revés el terrible yelmo de su adversario.

—Que horror! El hijo de Eduvigis y de Lodbrog se rió ante su presencia: un espejo no le hubiera presentado mas fielmente su imagen. Olof se había combatido con su propia sombra, con el caballero de la estrella roja; el espectro arrojó un gran grito y desapareció.

La nube de cuervos se remontó hasta el cielo, y el valiente Olof continuó su camino; al regresar por la tarde á su castillo llevaba á la grupa á la joven y hermosa castellana, que aquella noche había oído sus amorosas ansias. —No viendo ya al caballero de la estrella roja, se había decidido á dejar caer de sus labios de rosa sobre el corazón de Olof aquella amorosa confesión que tanto cuesta al pudor. El cielo estaba despejado y azul; Olof levantó la cabeza para mirar su estrella doble y mostrársela á su querida: pero solo brillaba la estrella verde; la roja había desaparecido.

Al entrar Brenda en el castillo, regocijada de este prodigio que atribuía al amor, advirtió al joven Olof que las negras pupilas de sus ojos habían tomado un hermoso azul signo de reconciliación celeste. —El anciano Lodbrog dejó correr una leve sonrisa por bajo de sus blancos vigotes desde el seno de su tumba; porque á decir verdad, aunque nunca lo había manifestado, los ojos negros de Olof le habían dado que pensar algunas veces. —La sombra de Eduvigis radió de alegría porque el hijo del noble señor Lodbrog ha vencido en fin la maligna influencia del cuervo negro y de la estrella roja; el hombre ha vencido al espíritu incubo.

Esta historia manifiesta los efectos que pueden resultar de un ligero momento en que se olviden los deberes de una mirada que tal vez se cree inocente.

Jóvenes esposas, no alceis jamás los ojos para mirar á los traidores que recitan encantadoras y diabólicas poesías; jóvenes doncellas, no os fieis mas que de la estrella verde esmeralda; y vosotros los que tenéis la desgracia de hallaros dominados por dos genios, combatid con valor y tenacidad aun cuando debierais heriros con vuestra propia mano, con vuestro mismo acero; combatid al enemigo que os domina interiormente, al menguado y traidor caballero.

Si queréis saber quien nos ha traído esta leyenda de Noruega, os diremos que su fiel portador ha sido un cisne, un hermoso cisne nos la ha traído en su pico amarillo, un cisne blanco como la nieve que ha cruzado el Fiord, mitad nadando, mitad volando.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL MUNDO INVISIBLE.

I.

LA NEUROSE.



AY algunas horas en que la inteligencia estraviada en los trabajosos senderos del análisis, y espantada súbitamente de la debilidad de sus raciocinios en presencia del universo, se siente abrumada por el peso de una fuerza desconocida. Entonces se eleva en nuestro interior una voz fatal que nos manda detenernos, y se abre espontáneamente ante nuestros ojos un abismo profundo, tenebroso, imagen de la noche, donde mas de una vez nos sumergen las teorías formadas por nuestra fragil razon.

En estas horas de abatimiento, pierde la ciencia todo su prestigio; reducida á sus justas proporciones se nos aparece bajo una forma incompleta, sin armonía en sus partes, mas digna de piedad que de respeto. Pero la imaginación, esta esclava siempre pronta á nuestras órdenes, nuestra mejor amiga, tal vez, estienda por un momento su precioso manto sobre las espaldas de la débil ciencia, y oculta de nuestra vista su triste desamada. Rápidos relámpagos iluminan nuestras líneas; percepciones incompletas, instantáneas y lúcidas, no obstante, nos hacen avanzar á pasos agigantados por caminos desconocidos hácia el objeto misterioso buscado por el filósofo con tal ahínco y con tan poco fruto, por espacio de tantos siglos.

Dichosos y demasiado cortos instantes, en que el alma, desembarazada del cuerpo parece gozar antes de tiempo de las delicias que el sentimiento le promete en el porvenir: revelaciones interiores; suaves y sublimes armonías cuya conciencia poseemos sin conseguir nunca sus resultados; preciosas armonías que saben algunas veces llegar hasta el alma, sin alterarse en nada en el crisol destructor á que dan el nombre de espíritu. ¿Pero por qué viene tan presto el orgulloso deseo de penetrar los misterios del cielo, á emponzoñar estos esquisitos y puros placeres? ¿por qué nos fatigamos continuamente á la manera de viajeros curiosos é insaciables, en ascender á las montañas mas elevadas, en pisar sus mas agudas crestas y sus nieves eternas, con el objeto de descubrir un nuevo horizonte que hoye sin cesar ante nosotros, y cuyos límites no podría alcanzar jamás nuestra débil vista, cuando sentados al pie de la montaña, sin la menor fatiga, podríamos contemplar tantas maravillas? ¿Por qué nos transportamos en nuestra ignorante vanidad por las regiones del espacio, lejos de los objetos que nos rodean y que miramos con desden, en busca de mundos superiores y desconocidos? Esto consiste en que allí nos parece acaso el sol tan brillante, tan grandes las esferas, los caminos tan anchos que creemos estar mas cerca de Dios. Porque en nuestras ideas humanas, nos represen-

tamos la grandeza y el poderío muy elevados, y si penetramos en un eterno y supremo ser, nuestros ojos se dirigen hacia el cielo, como si fuese más bello haber creído las estrellas que los guijarros y los musgos por donde caminamos; y no queriendo ver nada de este globo que nos parece demasiado pequeño, ni saber nada de cuanto pasa á dos pasos de nosotros, elevamos nuestra débil vista al universo inmenso intentando comprenderle.

Hallábase un día sumergido en este triste y dulce desvarío, consecuencia inevitable del trabajo de la ciencia y de investigaciones infructuosas: el tiempo huía rápida y de investigaciones infructuosas: el tiempo huía rápidamente; la noche se avanzaba con precipitación, y yo miraba desde mi ventana como se ocultaban las lejanas colinas una á una, al paso que iban desapareciendo las amarillentas y enrojecidas tintas del sol poniente; ¡es tan grato perder en una poética contemplación la tiránica costumbre de observar! A la manera que un viajero vuelve á lo lejos la vista hacia la morada que acaba de abandonar y que no piensa volver á ver jamás, así miraba yo, como si quisiera darle el último adiós, al cielo tan puro, al que el invierno iba á cubrir de nieblas en breve, y á sulcarlo de nieve; porque sabido es que siempre gozamos con doble placer un bien que vamos á perder, que otro que podemos disfrutar continuamente, por eso el otoño es para nosotros la estación más hermosa.

No podré decir yo cuanto tiempo duró esta completa felicidad; pero mi ignorante orgullo se apoderó de mi espíritu: la tierra perdió sus perfumes, el aire su frescura, la noche su poesía. Yo me había convertido en astrónomo, y me sentí oprimido y estrecho en este globo. No podemos, exclamé, no podemos en nuestro reducido planeta concebir la grandeza de Dios; ¡qui nada es digno del pensamiento del sabio, todo está ya conocido y previsto, todo es percedero y limitado: lo infinito solo existe en el cielo. Si toco con mis manos uno de esos astros que ruedan en el espacio, si veo suspendidos sobre ellos otros astros; y sobre estos otros astros también, entonces me aseguraré de que Dios es verdaderamente grande.

Así, yo infeliz y débil criatura huía de la tierra con el pensamiento, como se huyó de una fiesta tumultuosa y desordenada; y lanzádome lejos de este mundo con mas rapidez que el águila de los Alpes, volaba al través de los cielos. Lanzado hasta los límites de mi simple vista, y tomando un nuevo esfuerzo en breve toqué esos astros explorados por nuestros sabios, medidos con sus compases pesados en sus balanzas. Y viéndome aun allí, en un mundo conocido, aun hay otra cosa más alta, exclamé, y me esforcé en elevarme hasta los misteriosos soles, ya presentidos, pero aun no descubiertos. Tal vez iba ya á tocarlos, y á describir las ocultas leyes que les dan movimiento, tal era al menos mi pensamiento, pero mi loca amiga, la que me llevaba tan caprichosamente á merced de mis vanos deseos, replegó súbitamente su manto, y vi delante de mí, escritas en caracteres lividos, las palabras que lleva selladas en la frente el genio del mal: ¡Orgullo é impotencia!

Adiós mundos, adiós cielo! Yo volví á mi ser natural, volví á ser hombre. Como nada sostenía mi pensamiento, un frío interior y súbito paralizó mis miembros, y me sentí caer con la rapidez del rayo de aquella inconmensurable elevación en que me hallaba.

Héme aquí, pues, otra vez más incrédulo y desdeñoso en esta tierra, donde nada me parecía bastante vasto á mi inteligencia, donde me parecía todo tan pequeño, que creía haberlo ya abarcado. Criatura ignorante, cuanto me engañaba!

Más repentinamente una conmoción violenta hizo estremecer todo mi cuerpo: llena de vértigos mi cabeza parecía que iba á saltar en pedruzcos; mis ojos impalidos interiormente por una fuerza extraña, y arrastrados por otra fuerza contraria, se retiraban en sus órbitas; un enorme peso suspendido sobre mis párpados los obligaba á cerrarse á pesar suyo; mil demonios me torturaban á un mismo tiempo el craneo, y me sería imposible describir el sufrimiento que me causó este tumulto atroz de tormentos diversos.

Si tales dolores hubieran durado mucho tiempo se hubiera seguido como consecuencia inevitable la muerte; pero la pérdida de los sentidos vino á terminar en breve mi infernal suplicio y caí en un completo desvanecimiento.

Quando salí de este estado, padecía mucho, y á pesar de que era de día, yo no podía distinguir ningún objeto porque todo se perdía en un horizonte azulado y prolongado hasta lo infinito, y al bajar mis párpados veía pasar y repasar por delante de mis ojos enormes vigas largas y torcidas. Yerto de sorpresa, arrojé un grito de terror: en aquel mismo instante advertí que entraba alguna en mi estancia, y aunque no distinguía nada, reconocí en el matar de la voz á un sabio médico amigo mio.

¡Ah! doctor, le dije permaneciendo inmóvil ¡sabéis lo que me ha sucedido esta noche! no distingo más que grandes maderos que suben y bajan ante mis ojos, la claridad del día, y un horizonte azulado.

—Esta V. soñando, me dijo el doctor, dándome un golpe en las espaldas; pero luego que se aseguró de que no dormía, se quedó inmóvil de admiración?

—Dios mio, exclamó, no me ve V.?

—No, yo no veo más que una sombra confusa, maderos que pasan y cruzan, y la inmensidad, le respondí.

—Entonces acercó algun objeto á mis ojos, preguntándome que veía.

—Es V. el que aplica esa gran barra de acero, le respondí; es un gran pararrayos con un enorme cable al que me parece que estoy colgado.

—El gran Paracelso, murmuró el doctor en su interior, refiere en su libro de los poseídos, que fue atacada una mujer de una enfermedad semejante á la impresión que dejan los grandes sustos... Esto lo lei hace tiempo, sin darle crédito alguno; pero en la actualidad... Extraño fenómeno... misterio impenetrable...

—Pero y que sucedió, exclamé interrumpiéndola; ¿cuó Paracelso á su enferma?

—Esto era en el siglo XVII, y la enferma fue quemada viva en Verona, por orden de Marcelo II, como poseída del diablo, no obstante de que el sabio alquimista hizo un licor para curarla, al menos según pretendía.

—Ah! Dios mio!

—Pero, consuélese V., ya no estamos en aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie: la ciencia ha progresado mucho desde aquella época, sabemos que su enfermedad de V. depende del sistema nervioso, de una falta de equilibrio en las fuerzas orgánicas; y podemos decirle que ha invertido el orden de la sensaciones el fluido vital, marchando en sentido contrario por vuestros nervios ópticos; que es un estado hemático de concentración, una constricción de la retina, una sobreexcitación morbosa, una *neurose* en fin.

—Y que remedios la cura, pregunté al momento.

—El tiempo, la paciencia y la naturaleza.

—Pues dónde están esos progresos en la medicina, que decisís ahora?

—No os enseña que vuestra enfermedad se llama *neurose*?

Después de algunas tristes reflexiones sobre el extraño estado en que me hallaba contando con que los esfuerzos que haría la naturaleza para recobrar sus antiguos derechos debían aliviarme, me puse á contarle con la tranquilidad de un discípulo de Epitecto mi audaz expedición de la noche; y de que manera no pareciéndome la tierra bastante vasta, me había elevado de ella á visitar otros mundos.

— Pues bien, mi querido astrónomo, me dijo el doctor suspirando, en cuanto yo cesé de hablar, eso que padecéis es un castigo del cielo, porque está escrito. Nadie podrá alzar el velo que me cubre, y Dios ha castigado vuestra temeridad. A unos da la duda roedora, á otros la locura, y queriendo mostrar á V. que las señales de su poder son tan visibles en la tierra como en el cielo, ha vuelto sus ojos microscópicos.

El foco de la vista está á algunas líneas de sus ojos de V.; allí se muestran los objetos notab'emente engrandecidos, pero mas lejos se hacen invisibles, y lo infinito se halla á dos pasos de V.; las vigas que pasan por delante de sus ojos, son las cejas que se eleban y descienden con los párpados; una fina aguja, una hebra de seda, he aquí el pararrayos y el enorme cable que veía V. Tranquilícese V.; la enfermedad no puede durar mas de tres días, y si quiere V. seguir mis consejos, mientras tanto que permanezca aprovechemos el tiempo en examinar en alguno de sus detalles este mundo que V. ha desdeñado.

V.

(Se continuará).

EL HIJO DE D. FARFAN.

El rosa pure, e'l tanta, e no riporta,
in vece de castigo, onore e laude a

Gerusalem liberata. V. 22.

Por las frondosas alturas que circundan á Lopera, cuando las estrellas puras de la celestial lumbrera rompen las nieblas oscuras que ennegrecían la esfera, vaga envuelto en grana y oro Don Farfan, terror del moro.

Fijas están sus miradas en la ciudad enemiga, que él con tropas esforzadas en duro cerco fatiga; y á las violentas punzadas del corazón, la loriga parece recinto estrecho: tal dolor le agita el pecho.

Tras espeso bosque oculto se mantiene, y perturbado,

temiendo ver el insulto que sospecha confirmado. Sale de Lopera un bulto por un portillo escusado; Farfan lo aguarda sañudo y con el brazo forzado.

Quando se acerca lo para: « Villano español », le dice, borron de familia clara, pues su fama contradice la del vil que se separa del honor. « Hijo infelice de mi amor, que en negro día dió al mundo la esposa mia. »

« Ya que descarado ofendes cuanto en noble celo acata tu padre, y el lustre vendas de tu nombre, fiera ingrata, consuma lo que pretendes: en mi tu furor desata. De esta hueste soy caudillo; clava en mi pecho el cuchillo. »

« La punta en sangre teñida muestra á la gabilla infame donde hallastes acogida. Su vista en valor la inflame: y orgullosa y atrevida cual torrente se derrame por el suelo de Castilla para colmar tu mancilla. »

« Y él, sin que el padre le asombre, le replica en noble acento. « Bien os valga el santo nombre de padre, que no consiento de nadie baldon, ni hay hombre fuera de vos, que un momento viviera, tras el lenguaje con que me cubrió de ultrage. »

« Señor padre, habeis herido honra que no es toda vuestra; parte de ella he merecido con mi valor y mi diestra: honra que no ha consentido de interpretación siniestra soplo impuro, sin que ardiente cual fiero volcan rebiente. »

« Ved que soy tan castellano como vos; tan caballero como el que mas; y en la mano ved que no falta el acero. ¿ Quereis saber el arcano que se encierra aquí? primero no lo sabreis, os lo juro, que embistamos ese muro. »

« Pues á los muros » — esclama Farfan; y los tercios junta, y á su intrepidez inflama mostrando la heroica punta, signo de victoria y fama. « ¿ Do está el mancebo? » pregunta con afán que en vano esconde. — Mas nadie á su afán responde.

Comienza el ataque: unidos los tercios, honor de España, se muestran apercebidos á la mas cumplida hazaña. Lanzan altos alaridos las tropas; con fuerza estraña

combaten, aunque serenos
castellanos y agarenos.

Y al tiempo que la batalla
mas sangrienta se enardece,
dentro de la almena estalla
grito que el aire estremece;
y de pronto en la muralla
cristiana turba parece,
que con orgullo tremola
noble bandera española.

Cien jóvenes esforzados
son que un mancebo acaudilla,
cuyo acero á los sitiados
con fieros tajos humilla.
Y á tal proeza animados
los guerreros de Castilla
van veloces á la puerta,
ya por mano amiga abierta.

Cede al doble impulso el moro;
y ya es de España Lopera;
y eco de clarín sonoro
retumba en monte y pradera,
Torna el soñado desdoro
Farfan en gloria altanera,
y al hijo ansioso procura,
y en sus brazos le asegura.

Mas él responde. -- El portillo
por donde salí esta aurora
nunca pudiera yo abrillo
sin la mano de una mora
que sujetó en fuerte grillo
mi pecho. Sea en buen hora
para Castilla Lopera
y para mí la portera.

J. J. DE M.



Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Pez frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripción en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias franco de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales. Las cartas reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administración del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.